

CAPITULO VII.

.....

Luego que el carmelita y Gelsomina salieron del calabozo, al llegar al extremo del pasadizo que conducia á la habitacion del alcaide, detúvose el P. Anselmo, y mirando á la doncella, hablóla con solemne

tono de un hombre que se siente inspirado.

— ¿Serás capaz de hacer un esfuerzo para impedir la muerte de un inocente?

— ¡Padre mio!...

— Dime si el amor que tienes á ese joven te dará el valor necesario para sostener una prueba harto difícil, pero que sin ella es infalible su pérdida.

— ¡Ah! moriré gustosa para evitar que Jacobo sufra un solo minuto.

— No te engañes, hija mia. Vuelvo á decirte si te sientes capaz de hacerte superior á tus hábitos y á la desconfianza que naturalmente deben inspirarte tu condición y estado... en una palabra, si puedes comparecer y hablar sin temor delante de los

que se hallan rodeados de todo el aparato del poder terrible.

— Venerable padre, no pasa dia sin que hable confiadamente, aunque con respeto, á un Ser mucho más temible que cuantos pueda haber en Venecia y en toda la redondez de la tierra.

El P. Anselmo guardó silencio, y miró con sorpresa á la amable doncella, en cuyo semblante brillara el valor que infunden el cariño y la inocencia, y mandóla por señas que le siguiera.

— Nos presentaremos pues, dijo, si la necesidad lo exige, ante los hombres mas tremendos y orgullosos del universo: llenaremos nuestro deber para con los opresores y el oprimido, á fin de evitar que el pecado de omision pese sobre nuestras almas.

Dicho esto guió el religioso á la joven á la parte del palacio donde habitaba el gefe del Estado.

Los recelos que inspirara la persona de su Dux á los patricios, son un hecho histórico *. Diríase que los nobles solo toleraban su existencia porque la teoría de su gobierno exigia un agente ficticio en las imponentes ceremonias que constituian parte de su especioso sistema en las relaciones que tenían con los demás Estados. Así es que vivia en su palacio como la abeja reina de la

* Tenia toda la exterioridad de la soberania , pero no su fondo ; vivia en sujecion perpetua , extensiva aun á su familia ; no le era dado ausentarse sin licencia , ni desempeñar funcion ninguna de esplendor sino como comisario de la República. Observábanse todas sus acciones y hasta sus palabras , exponiéndose á las mas severas reconvenções si faltaba en algo. Viérase lleno de espías su palacio ; y aunque esta sujecion le cansase , estábale prohibido hacer renuncia. Apetecian con todo esta dignidad hombres colmados de todos los bienes de la fortuna.

colmena , honrado y respetado en la apariencia , mas en realidad debil instrumento de los únicos que gozaban del poder , consumiendo , como el insecto que acaba de nombrarse , parte de la porcion individual de los frutos de la comun industria.

A favor de su confiado y resuelto caracter , logró el P. Anselmo penetrar hasta los aposentos destinados al principe. Cuando los diversos centinelas apostados en las largas galerias del palacio vieron su desembarazo y exterior tranquilo , dejáronle pasar sin estorbo , y así fué como pudo llegar con la hija del conserge á la antecámara del soberano , donde infinitos intentarían en vano penetrar por medios mucho mas complicados.

Uno de los criados subalternos al servicio particular del principe levantóse sorprendido y confuso al inesperado arribo del religioso y de la doncella.

— Temo haber hecho esperar á S. A., dijo el P. Anselmo con sencillez aparente para ocultar mejor el vivo interés que le estimulaba á dar aquel paso.

— Mejor que yo debeis saberlo, Rdo. padre. Más...

— No gastemos inútilmente el tiempo, hijo mio. Llévanos al gabinete de S. A.

— A nadie se permite la entrada sin haberse anunciado antes en presencia de.....

— Entra á decir al Dux que el carmelita que aguarda, y la doncella por quien tan paternalmente se interesa, esperan sus órdenes.

— ¿Ha mandado S. A?...

— Le dirás tambien que el tiempo urge,

porque se acerca el momento en que va á perecer la inocencia.

Engañado el doméstico por el aire grave y sencillo del P. Anselmo, no obstante haberse mantenido indeciso por un corto instante, introdújolos en una estancia inmediata, y sin detenerse pasó al gabinete de su señor para cumplir el encargo que acababan de confiarle.

Ya se ha dicho que el Dux reinante, si tal epíteto merece un príncipe que solo servia de instrumento á la aristocracia de aquella República, era de avanzada edad. Retirado en un aposento solitario despues de concluidas las penosas funciones de su empleo, despojárase de los emblemas de imaginaria magestad para entrar mas á su placer en comunicacion intelectual con uno de los mas célebres autores clásicos de la Italia: circunstancia en extremo favorable

para los intentos del carmelita , puesto que el hombre á quien iba á presentarse estaba desnudo de las ordinarias insignias de la dignidad , y su corazon enternecido con la lectura de una obra de aquellos autores que saben conmovier el ánimo con los sentimientos que inspiran. En esto entró el criado en la estancia , y permaneció en pie mas de un minuto esperando con respeto que su señor se dignase hablarle.

— ¿Qué quieres , Marco? dijo al fin el Dux quitando la vista del libro.

— Señor, respondió el doméstico con la familiaridad permitida á los que andan inmediatos á las personas de los príncipes ; el Rdo. carmelita y la doncella quedan aguardando vuestras órdenes.

— ¡El carmelita ! repitió el Dux admirado; la doncella !...

— Si , señor : los que espera V. A.

— ¿Qué quiere decir este atrevimiento?

— Señor, no hago mas que repetir las palabras del religioso... Di á S. A., así se explicó el padre, que el carmelita á quien ver desea , y la doncella por quien su corazon toma un interés verdaderamente paterno, aguardan sus órdenes.

La indignacion, mas bien que la vergüenza, hizo asomar los colores á las surcadas megillas del viejo príncipe, y contestó airado :

— ¿Es ese modo de hablarme?.. y aun en mi palacio?...

—Perdonadme, señor. No es el religioso uno de esos audaces sacerdotes que deshonoran su tonsura, no, señor : tanto él como la doncella tienen un semblante candoroso é

inocente que encanta. Sin duda no se acuerda de ellos V. A.

Estas palabras hicieron desaparecer el encarnado de las mejillas del príncipe, y sus ojos recobraron su habitual expresion bondadosa ; pero la edad y la experiencia que adquiriera en el desempeño de comisiones delicadas, enseñáranle á proceder con circunspeccion y cautela. Sabia que aun conservaba en buen estado la memoria, é imaginó por lo mismo que podia tan extraordinaria visita encerrar algun oculto misterio, pudiendo tener acaso por objeto el descubrimiento de alguna maquinacion de sus muchos enemigos, ó algun otro legítimo motivo para autorizar tan atrevido paso.

— ¿No dijo mas el carmelita, Marco? preguntó el Dux despues de unos instantes de reflexion.

— Sí, señor : añadió que el caso era urgente, por acercarse el momento en que iba á perecer la inocencia.

— Bien... Di á cualquiera de tus compañeros que venga, y cuando haga señal con la campanilla, haz entrar al religioso y á la doncella.

Marco obedeció sin demora ; y otro doméstico fué por mandado del Dux á suplicar en su nombre á un individuo del Consejo pasase inmediatamente á verle. El senador, que estaba en un aposento cercano examinando unos papeles importantes, obedeció sin tardanza á su invitacion.

— Aguardo una visita harto extraña, dijo el Dux levantándose de su asiento para recibir al consejero, y deseo que un testigo la presencié.

— V. A. obra ciertamente con mucha

cordura compartiendo sus tareas con el Senado, contestó el miembro del Consejo; pero ¿á qué llevar esta necesidad hasta el extremo de mirar como de la mayor importancia el llamar á un consejero cada vez que alguien venga á visitaros?

— Ahora juzgareis vos mismo, repuso el príncipe tirando del cordón de la campanilla; y espero no llevareis á mal mi oportunidad... He ahí las personas que aguardo, prosiguió viendo comparecer al P. Anselmo en compañía de Gelsomina.

A la primera mirada convenciósese el Dux de que aquellas personas le eran desconocidas, y dirigiendo rápida ojeada al consejero, leyó en sus ojos su mutua sorpresa. Al entrar el carmelita en la estancia del Dux, descubrió su venerable cabeza y saludó con respeto; pero Gelsomina, intimidada con la dignidad de la persona ante

quien se hallaba, quedóse á cierta distancia del religioso.

— ¿Con qué objeto entrasteis? preguntó el Dux señalando con el dedo á la trémula doncella y mirando con atención al carmelita. Ni esta es hora de visitarme, ni menos se han empleado para ello las formalidades debidas. ¿Por qué traéis con vos tan extraña compañía?

Era esta la vez primera que el P. Anselmo se encontraba delante del soberano de Venecia; acostumbrado como todos sus súbditos, y particularmente en aquel siglo, á calcular con prudencia el resultado de una empresa antes de descubrir su pensamiento, dió una mirada penetrante al que le interrogaba.

— Ilustre príncipe, contestó, venimos á implorar vuestra justicia; y á los que,

como nosotros, tienen que hacer una peticion de esta clase, esles fuerza dar en osados para no deshonrar su caracter ni la causa que tratan de defender.

— S. Marcos cifra toda su gloria en la justicia, que constituye la felicidad de sus súbditos. El paso que habeis dado no se conforma en manera alguna con las reglas de la prudencia; pero acaso será digno de excusa... Explicaos.

— Existe en la carcel pública un hombre condenado á muerte por los tribunales, señor. La sentencia ha de ejecutarse mañana temprano, si no interviene para salvarle vuestra autoridad suprema.

— Un hombre condenado por los tribunales debe sufrir su destino, respondió el Dux.

— He confesado á ese infeliz, y al cum-

plir con mi sagrado ministerio he descubierto su inocencia.

— ¿Decis que ha sido sentenciado por los jueces ordinarios?

— Por el Tribunal criminal, Alteza.

Esta respuesta alivió en cierto modo el corazon del príncipe, pues ventilado públicamente el asunto, habia á su parecer motivos que le persuadian poder entregarse libremente al amor que profesaba á sus semejantes sin ofensa de la tortuosa política del Estado. En consecuencia miró al inquisidor para buscar en sus ojos una señal de aprobacion, y acercándose en seguida al carmelita, le dijo con un tono de interés que iba por instantes en aumento.

— ¿Y con qué autoridad atacais el fallo de los jueces?

— Ya he dicho á V. A. que al desempeñar mis sagradas funciones me ha abierto su corazón como quien está al borde del sepulcro; y aunque, cual todos, haya cometido faltas, es inocente por lo que mira al Estado.

— ¿Creeis, buen padre, que obtuviese la ley una sola víctima á juzgar únicamente por culpables á los que se denunciassen á sí mismos?... Soy anciano, y he llevado harto tiempo ese gorro importuno, añadió el Dux señalando con la mano la diadema que estaba encima de una mesa; y no recuerdo que un solo criminal en mis dias haya dejado de considerarse como víctima de fatales circunstancias.

— Señor, ninguno de los ministros del santuario desconoce que los hombres tratan de acallar su conciencia con este debil consuelo, y que el mayor y mas principal

de nuestros deberes es el de disipar la ilusion de aquellos que, condenando sus propias flaquezas, confesándolas y humillándose, hacen un mérito de su humildad... Pero, Dux de Venecia, prosiguió con tono animado y solemne, hay en el acto religioso que acabó de desempeñar, y para el que he sido llamado, una virtud irresistible. Muchos buscan los medios de engañarse á sí mismos en el confesonario; pero, gracias al poder de Dios, pocos lo logran.

— ¡ Bendita sea la inmaculada Madre y su Hijo encarnado, amen? exclamó el Dux herido de la dulce fe del carmelita y santiguándose devotamente..... Pero, padre, continuó, no me habeis dicho el nombre del reo.

— Jacobo Frontoni..... un supuesto Bravo.

El estremecimiento, la mudanza de color y las miradas del príncipe al oír este nombre, indicaron bien á las claras su sorpresa.

— ¿Y llamais al puñal más sanguinario que jamás haya afrentado á esta ciudad, el arma de un supuesto Bravo? ¿Tanto han podido con vos los artificios de ese monstruo, que han llegado á hacerse superiores á vuestra experiencia? ¿Qué otra cosa puede presentar la confesion de criminal semejante sino una dilatada serie de sangre, de horrores y de espantosos crímenes?

— Así pensaba yo cuando entré en su calabozo; mas he salido de él bien penetrado de cuan injusta ha sido con él la opinion pública. Si V. A. gusta escuchar su historia, acaso le juzgue mas digno de lástima que de castigo.

— De todos los delincuentes de mi reinado este es el último en cuyo favor hubiera querido se me hablase. Sin embargo, explicaos libremente, porque mi curiosidad es igual á mi sorpresa.

Entregábase tan absolutamente el Dux al sentimiento de que se hallaba poseido, que llegó á olvidar por un momento la presencia del inquisidor, cuyas expresivas miradas parecian buscar las suyas con anhelo.

El religioso empezó dando gracias, porque en aquella ciudad de misterios no siempre era fácil lograr que llegase la verdad á los oídos de los grandes. Los hombres mas sencillos é ignorantes que viven bajo un sistema de duplicidad, adoptan sin querer algo de este sistema conducente á sus propios deseos. El P. Anselmo evitó cuidadosamente hablar de las odiosas

prácticas del Estado, y solo aludió con cierta reserva á la política del Senado; política que un hombre de su ministerio hubiera intrépidamente combatido en otras circunstancias.

— En la elevada clase que ocupais, soberano príncipe, continuó, es fácil que ignoreis como un humilde y laborioso artesano de esta ciudad, llamado Ricardo Frontoni, fué juzgado hace mucho tiempo por defraudador, según se creyó, de las rentas de la República. Jamás dejó S. Marcos impune este delito, porque cuando los hombres anteponen á toda otra consideración los bienes mundanos, siempre se equivocan acerca de las causas que han contribuido á formar entre ellos los lazos sociales.

— ¿Hablais de un cierto Ricardo Frontoni?

— Ese era su nombre. El desventurado entregó su amistad y confianza á un joven, el cual fingiéndose amante de su hija, instruyóse de todos sus secretos; y cuando al alevoso vió que los fraudes cometidos por él contra las rentas iban á descubrirse; urdió un horrible tejido de imposturas, logrando así quedar á salvo y que recayese la cólera del Senado sobre un amigo excesivamente crédulo y confiado. De consiguiente, se condenó á Ricardo á perpetuo encierro si no se declaraba reo de delitos que jamás había cometido.

— ¡Suerte por cierto lastimosa á poder justificarse su inocencia!

— Esa, y las intrigas en la administración de los comunes intereses, han causado las desgracias de Ricardo, ilustre Dux...

— ¿Teneis mas que decir de Frontoni?

— Su historia no es larga, señor ; porque á la edad en que los hombres se ocupan con mayor actividad en sus faenas, yacia el mísero sepultado en una prision horrible.

— Con efecto, me acuerdo de haber oido hablar de una acusacion semejante. Pero esto sucedió en el reinado de mis predecesores.

— Su encarcelamiento ha durado casi hasta el fin del vuestro.

— ¿Y por qué cuando el Senado se convenció de su yerro no se apresuró á repararle?

El carmelita miró fijamente al principe para indagar si era ó no artificiosa la pregunta ; pero solo consiguió convencerse de que aquel asunto era uno de los actos que,

si bien injustos y destructores de la felicidad de las familias, era de poca ó ninguna monta para los que , como los Venecianos de aquella época , regian el Imperio atendiendo solo á su conservacion y no á la de sus súbditos.

— Ilustre Dux , contestó, el Estado es sobrado discreto en todo lo que toca á su fama. Causas que no trato de examinar ahora , han tenido largo tiempo encerrado en los calabozos al infeliz Ricardo , aun despues que la muerte y deposiciones de su acusador pusieron en claro su inocencia.

El Dux quedó pensativo por unos instantes , y despues consultó la fisonomía de su colega ; pero el marmol de la pilastra contra que se apoyaba no estaba tan frio ni impassible como el semblante del inquisidor , quien bajo el peso de las aparentes

obligaciones que le imponia su puesto , lograra sofocar enteramente todos los movimientos de la naturaleza.

— ¿Y qué tiene que ver el asunto de Ricardo con la ejecucion del Bravo? preguntó el Dux esforzándose, aunque en vano ; á imitar el aire indolente de su mudo consejero.

— La hija del conserge lo dirá, príncipe.... Acércate, hija mia ; di todo lo que sabes, teniendo presente que si bien es verdad que hablas al Dux de Venecia, tambien lo es que te oye el rey de los cielos y de la tierra.

Gelsomina tembló al oír estas palabras ; porque una joven que cual ella vivia tan retirada , no podia superar su timidez á pesar de la grandeza del objeto que la impeliera á ir á aquel parage : pero fiel á su

promesa, procuró cobrar aliento , y guiada por la pureza de su afecto á Jacobo , no trató ya de ocultarse por mas tiempo detrás del religioso.

— ¿Eres hija del conserge? preguntóla el Dux con dulzura.

— Señor, somos pobres y desgraciados. Servimos al Estado para ganar nuestro sustento.

— Sirves á un señor muy noble, hija mia.... ¿Qué es lo que sabes de ese Bravo?

— Mi soberano, los que así le llaman le desconocen enteramente. Con dificultad se hallará en Venecia un hombre mas fiel á sus amigos, mas esclavo de su palabra, ni mas devoto de los santos que Jacobo Frontoni.